cia, en 40 años sucesivos no han podido despues todos los misioneros que allí trabajan, poner corriente la tercera parte de aquellos pueblos, tierras y naciones que aquel apostólico varon habia atraido, cultivado y tan bien dispuesto, para sujetarse al suave yugo del Evangelio. En fin, fué y será siempre el ejemplar para los obreros de aquella viña del Señor, y el original que todos se han de proponer para imitar: abrió la puerta, allanó el camino, y fué delante como guía que han de seguir los que aspiran á ampliar la gloria de Dios y la conversion de muchas almas. No es casi creible cuantas diligencias practicó para ejecutar las grandes y elevadas ideas de su celo: envió copiosos informes hasta al Rey en su Real Consejo de Indias: presentó copiosos sábios escritos á todos los superiores de la Compañía: dejó instrucciones llenas de luz para los venideros; solicitó con el mayor ardor y con los mas eficaces y repetidos recursos que la Pimeria tuviese los necesarios operarios para coger á manos llenas la mucha mies que las suyas solas no podian: este era todo su anhelo, y el mayor dolor no poderlo conseguir. De lo que hasta aquí insinuó la pluma, se podrá claramente inferir, no solo su grande é infatigable celo, que dia y noche le consumia, le ocupaba todos sus cuidados, y por fuera nos dió en tan grandes llamaradas indicio claro del ardiente fuego que escondia dentro de su abrasado corazon, lleno de la mas fina abrasada caridad, deseosa de sacrificarse toda á Dios, á mayor gloria suya y bien de tantas desconocidas bárbaras naciones.

CAPITULO XVII.

Estado lastimoso de las Misiones de la Pimeria, hasta que las animó el celo del señor Obispo de Durango y el del señor Marqués de Villapuente.

Aunque faltan relaciones individuales de los años siguientes, insinuará brevemente la pluma lo mas principal, que pertenece á la Pimeria Alta y á otras Provincias confinantes. Despues de la muerte del padre Eusebio Francisco Kino, descaecieron mucho las Misiones de los Pimas: ninguna ha padecido mayor estrago que la de Nuestra Señora de los Dolores: faltó aquel ardiente y activo espíritu, que repartia vigor, comunicaba aliento y daba vida á todo aquel vasto y dilatado cuerpo, derivándola maravi-

llosamente desde su cabeza á todos sus tan distantes apartados miembros, y luego perdió todo su lustre, su antigua hermosura y gallardía: los pueblos tan numerosos, así el de los Dolores como el de los Remedios, se disminuyeron, de suerte que sus moradores se redujeron á siete ú ocho familias en cada uno. El terreno es ciertamente fértil y pingüe, mas con el tiempo se ha observado que es maligno y muy contrario á la salud; porque los veneros de agua que se empantanan, con sus gruesas exhalaciones inficionan el aire con muerte segura de los que le respiran. Aquellas tan bellas, capaces iglesias y viviendas que habia construido el padre Kino, se han perdido, de manera que al presente apenas queda rastro ni señal de que en algun tiempo las haya habido; porque los indios, con su natural descuido, si el padre no está velando sobre todo lo que han de hacer, á nada acuden, ni remedian cosa alguna; y siendo ahora tan corto su número, no se puede esperar que vuelvan á repararse ni que recobren su lustre antiguo aquellas ya arruinadas fábricas. A la cortedad de naturales se ha añadido la plaga de contínuas invasiones de los bárbaros, que hallando allí poca ó ninguna resistencia, se inclinan á aquella vereda, así para robar á su salvo, y casi con seguridad cuanto encuentran, como para penetrar mejor á otros pueblos. Este es el motivo porque hoy el de los Dolores y el de los Remedios están casi despoblados, por mas que no les hayan faltado operarios que les cuiden. El de Cocospera, que pertenece á la misma Mision, se conserva aún; mas siendo fronterizo á los infieles enemigos sus contínuas invasiones

y los estragos que con ellas padecia ya en tiempo del padre Kino, se le han hecho tan frecuentes y les ha sufrido tanto en estos últimos años, que si no fuese socorrido con las armas, se puede con razon temer que experimente la misma desgracia que los otros dos.

Menos mal ha librado la segunda Mision de la Pimería, llamada de San Ignacio; porque el padre Agustin de Campos, que en algunos viajes acompañó al padre Kino y le sobrevivió veinticinco años, en los cuarenta y mas que la cuidó, la mejoró y aumentó su antiguo lustre, aunque en el número de moradores ha descaecido en sus tres pueblos, por estar hasta ahora infestada de contínuos acometimientos de los bárbaros, por mas que sus indios les resisten con valor y les escarmientan no pocas veces, cuando no con engaño, sino á cara descubierta les embisten.

Las Misiones de Tubutama y Caborca, despues de la muerte del padre Kino, por la escasez de operarios, no les tuvieron en propiedad casi en diez años; porque siendo necesarios muchos para tantas partes y provincias, y hallándose por las lastimosas guerras de Europa muy alterado y atrasado el comercio de España con América, no fué dable que á la Pimería le cupiesen los que pedia su casi extrema necesidad. Mas llegando ya por los años de mil setecientos veinte algunos para remediar la que tenia esta Provincia, señalaron los dos superiores para Tubutama y Caborca: mucho hallaron que trabajar, y afanaron gloriosamente para mejorar el estado de aquellos dos Partidos. Los indios ya casi

no se acordaban de lo que antes aprendieron; las rancherías mas inmediatas de San Eduardo, de San Luis, de San Marcelo y otras, apenas tenian ya noticia ni de los padres: con todo, conservan aun aquel mismo buen genio, aquella natural afabilidad y docilidad como nativa, siendo aun ahora muy fácil el reducirles á vivir vida civil, rindiéndose sin resistencia á lo que les sugiere con la enseñanza de sus Ministros. No se sabe por qué á estas rancherías se les da ahora el renombre de *Papagos*.

Lo que sucedió á estos pobres desvalidos indios, y aun mas aconteció á los del Rio Gila y á los que pueblan las orillas del Colorado: no hubo padre que les cuidase ni á quien pudiesen hacer el menor recurso; estaban poco há tan sin señal alguna de la enseñanza que tuvieron, que habian ya enteramente recobrado su antigua barbaridad, siendo ya casi tan incógnitos y nuevos, como fueron en tiempo de las primeras entradas del padre Kino. Con todo, las dos Misiones de Tubutama y Caborca, al presente son las mas floridas, no solo de la Pimeria, mas aun de toda la Provincia de Sonora: en número exceden á todas: solo la de Bacercua podrá disputarles esta prerogativa: si se conservan en tan floreciente estado, como con razon se espera, podrán servir no poco para comunicarle á las de California, cuando la poblacion de esta Península suba de fuerte, que llegue á fronterizarse con Caborca. A mas de las grandes ventajas y provechos considerables que en breve se confia ha de lograr por este medio aquella Provincia, no se duda que estos dos Partidos serán en adelante la escala para restablecer en su antiguo

estado, y aun para mejorar los pueblos intermedios al Rio Gila y á las naciones vecinas á sus playas y á las del Colorado.

Parece ya, cuando esto se escribe, que llegó aquel dichoso tiempo destinado por la Divina Providencia, á que tantas veces aspiraba con tanto afan en su vida el padre Kino: sin duda que con sus ruegos en el cielo ha conseguido que se abrevie la conversion de sus amados hijos los Pimas, que acá procuró tan deveras y solicitó con tantas ánsias. Mas descaecieron aun con la falta de aquel insigne jesuita las Misiones de Santa María Guevavi y S. Javier del Bac. En casi veinte años quedaron sin Ministros, volviendo poco á poco á tal estado, que parecia el de su antigua rudeza, sin mantener sino muy cortos rastros de lo que entre ellos se habia trabajado. Es verdad que aun así conservaban de manera el afecto á la nacion española, que siendo anuales los robos de los bárbaros, nunca estos Pimas Sobaypuris les apoyaron, ni hubo quien les tuviese por culpados.

Estaba el demonio muy contento de poseer sin contradiccion las almas de estos pobres casi abandonados indios, sin inquietarles con las calumnias, ni con las imposturas, con que tanto les persiguió en tiempo de aquel grande misionero, cuando trataban de convertirse, desatando toda su furia para desviarles con aquellas vejaciones del camino de su eterna salvacion. Aun ahora los bárbaros desde el contratiempo, que padecieron viviendo el capitan Coro, les tienen no poco miedo; y sabiendo que sus rancherías están muy bien pobladas, se recelan de

irritarles para no experimentar de sus tan notorios bríos algun nuevo golpe. Mas esta misma quietud en cierto modo há como debilitado por ocioso el valor de los Pimas Sobaypuris, que no son ya tan alentados y animosos, como se habian mostrado sus mayores. No acometen contentándose de que no les molesten sus enemigos. Con intervalo tan grande en que no oyeron la palabra de Dios, no es mucho, que volviesen casi al estado de gentiles: así les consideraban todos hasta los años de 1726 ó 27, en que visitó parte de la provincia el Illmo. Sr. Dr. D. Benito Crespo, obispo de Durango á cuyo cuidado y diócesis pertenecen casi todas las misiones de la Compañía de Jesus de la Nueva España.

A pocas diligencias vinieron á noticia de aquel tan celoso vegilante prelado estos indios Sobaypuris: representáronselos algunos bien intencionados en traje de gentiles, mas con pretension de agregarse á su rebaño. Este solícito Pastor tomó muy á pecho esta demanda: escribió al católico monarca Felipe V en su Real Consejo de Indias con cláusulas tan eficaces, que luego Su Majestad concedió la fundacion de estas tres tan importantes misiones á costa de su Real Erario: en tiempo del padre Kino habia ya destinado socorro para ocho misioneros, y con la muerte de aquel grande jesuita se redujeron á solo cuatro, á que ahora se añadieron los otros tres con instancias tan autorizadas. Así se ejecutó el año de 1731 pasando tres misioneros á la Pimería, y antes á Durango, capital de la diócesis: mucho se alegró aquel celoso esclarecido obispo con su venida: les regaló con dádivas, para ganar la voluntad de

aquellos neófitos y les remitió á su destino con entera confianza de ver restaurada y dilatada en aquella numerosa gentilidad á nuestra santa religion. Mas uno en poco tiempo falleció; otro enfermó muy gravemente con la infernal fuerza de algun hechizo; y el padre Ignacio Keler quedó solo para tan penosas fatigas, y persevera todavía trabajando gloriosamente, sin que le hayan podido jamas dañar los muchos hechiceros, que varias veces lo han procurado. Desde este tiempo tuvieron siempre ministros estos Pimas; mas por haber cundido mucho allí los maleficios, haber descaecido su valor, y haber padecido aquel partido frecuentes invasiones de bárbaros, no ha producido tan felices efectos la enseñanza, y la doctrina de nuestros misioneros, como con razon se prometian. Contribuyó á sus adelantamientos á impulsos de su tan noble como cristiana generosidad de D. José de la Puente Peña, marqués de Villapuente, que habiendo fallecido en España por Febrero del año de 739 dejó en su testamento que del remanente de sus bienes, entre otras obras pías, se emplease el caudal competente para la manutencion de otros dos misioneros jesuitas en la Pimeria.

La fundacion no pudo ejecutarse luego por la guerra de los ingleses con España, hasta que concluidas las paces llegó por Agosto de 1750, nuevo número de operarios: dos fueron prontamente destinados á dar cumplimiento á la piadosa voluntad de aquel grande nobilísimo caballero: encargóse el uno, no solo de los pueblos del Bufanic y Zaric con otras muchas rancherías agregadas, sino de atraer como vigilante solícito Pastor á su rebaño á los varios

gentiles que como ovejas desparramadas vagaban por sus contornos. El otro tuvo su destino á San Marcelo, por voluntad expresa del fundador; y por su notoria tierna devocion al Santo Arcángel, se comenzó á llamar *San Miguel Sinoitag:* con tan acertadas utilísimas providencias se halla ya actualmente adelantada la conversion de la Pimeria por otras cincuenta leguas, desde Caborca, que era la última mision hasta Sinoitag: y hay esperanzas ciertas de promover el conocimiento de la fé entre las vecinas naciones, facilitándolo no poco la comunicacion que desde allí se tiene con aquellos bárbaros. Todo esto será un perpétuo inmortal acuerdo á la posteridad del nobilísimo cristiano celo del señor Marqués de Villapuente; y no es mucho haya erigido en la Pimeria ese glorioso monumento, siendo á todos notorio, que se ven otros muchos exparcidos por las cuatro partes del mundo, á que extendió su caridad aquel magnánimo cristianísimo corazon que aun en nuestra Provincia á expensas de sus caudales facilitó la conversion de toda la California.

LIBRO III.

DE NUEVOS PROGRESOS, VARIOS DESCUBRIMIENTOS, Y ESTADO PRESENTE DE LA PIMERIA ALTA.

CAPITULO I.

Nuevos esfuerzos para reparar los estragos pasados.

El padre Jacobo Seldemayer, que desde el año mil setecientos treinta y seis administra la Mision de Tubutama por su parte, y el padre Ignacio Keler, que asiste en Santa María Suamca por la suya, hicieron diferentes entradas en el Rio Gila y á las Casas Grandes: han resucitado las centellas ya casi apagadas de nuestra Fé entre aquellas naciones: procuraron acariciar á aquellos bárbaros haciendo